

# CRÓNICA DE CHILE.

## MUJERES QUE FUMAN EN LA CALLE\*

**P**or enésima ocasión vuelvo a hacerme la pregunta: ¿cuándo empieza un viaje? He emborronado páginas con numerosas respuestas posibles. Tengo, tenía una: en mi caso, el viaje a Chile empezó en el momento en que me asomé por una ventana del noveno piso del hotel *Diego de Almagro*, en el corazón de Santiago, y vi una Alameda con pocos coches –Alameda es el nombre popular de la avenida Libertador Bernardo O’Higgins– y, a la izquierda, los Andes cubiertos de nieve.

Entonces comenzó oficialmente. En un sentido extraoficial, quizá el inicio del viaje se remonta a hace mucho tiempo, a 1973. Luego diré por qué. En lo que corresponde a la primera semana de agosto de 2002, la conciencia de estar en Chile –América Latina, hemisferio sur, Cono Sur– brotó cuando por fin estuvimos instalados en el cuarto del hotel citado y cuando por fin hube de asomarme para distinguir qué había allá afuera. Un país entero, se comprende.

\* P. S. Tres asuntos. Primero, ya en galeras la presente crónica (harto gozo me produce la escritura de este anacronismo), la directora de *La Colmena* me discute la pertinencia del título propuesto. Me dice que ya en cualquier lugar *las mujeres fuman en la calle*. No soy quién para negar la versión de Virginia, confío enteramente en ella, aunque al mismo tiempo me atengo a mi propia experiencia: sólo en Santiago he visto a *mujeres que fuman en la calle*. Júrolo.

Pienso también en el par de encuentros que narro, con jóvenes como protagonistas que en su momento me han pedido algunos pesos, pero lo hicieron más por andar en la farra o pololeando que por expresa necesidad pecuniaria. La pareja de la Moneda era de pololos clasemedieros y en Santiago los *punks* son menos hostiles que los soldados que resguardan con pardo uniforme el edificio de la Defensa.

Por último, en días recientes apareció ante mi vista *La chica del trombón* (Debate, Barcelona, 2002) de Antonio Skármeta. Doble suerte la mía, que pude ir un rato por la vida sin el estentóreo éxito –tan mercadotécnico y hollywoodense, que afectó a una buena historia– de *El cartero de Neruda*, pero que al cabo me he topado con esta nueva novela de Skármeta, actualmente embajador de Chile en Alemania. Asumo cabalmente una frase luminosa que me he encontrado en esta imprescindible –a partir de ahora– *La chica del trombón*: “Santiago tiene eso de que estás sola con los demás, pero nunca contigo misma.”

Las horas anteriores fueron de embotamiento, por los nervios de la salida, primero en autobús de Toluca hacia el aeropuerto del D.F., luego otras más largas esperas: documentación y entrega de equipajes, las horas en que se llegaba la medianoche y abordáramos el avión, el golpe del despegue y la larga jornada nocturna y acalabrante hacia el sur, periplo verificable en pantallas de televisión que van transmitiendo mapas con el itinerario gradual de la nave. Después, entre la vigilia y el mal dormir que incluyó perderse la proyección de *El hombre araña*, amaneció y la luz entró, las ventanillas se abrieron para no poder diferenciar en dónde acababan los Andes y dónde empezaban las nubes. Largo rodeo a causa de inmensa neblina, y a punto estuvimos de aterrizar en Mendoza, Argentina. Lo hicimos en el aeropuerto de Pudahuel.

Migración. Dirán misa, pero en el mundo estas áreas suelen provocar un choque mental, cuando se deja el lar aéreo y se cobra atención sobre la inminencia de encontrarse *en un país distinto*. No es que uno se tope con caras necesariamente hostiles, pero eso de tener que cubrir los respectivos derechos —igual que los gringos, tenemos que pagar una cuota de reciprocidad, la cual a su vez es también cobrada a los chilenos cuando viajan a México o a Estados Unidos—, mostrar el pasaporte y recitar los datos personales para poder entrar *a otro país*, no deja de ser inquietante. El nervio se aplaca cuando nuestra guía, una hiperactiva y simpática Patricia, acompañada por el operador de una gran camioneta, Raúl, nos descubre y da la bienvenida oficial. Todo esto ocurre como un sueño, en buena parte por no haber dormido. No son reales la carretera de Pudahuel a Santiago, la entrada a la ciudad, el recorrido por ella, la velocidad de la camioneta. El viaje comienza cuando me asomo a la Alameda, veo los Andes a la izquierda y me surge una duda que no acabará de disiparse en los siguientes días: ¿la ciudad está pegada a la cordillera o la cordillera está pegada a la ciudad?

En el hemisferio sur agosto es invierno. El de 2002 no fue excesivamente duro; con una chamarra uno podía defenderse de un frío como el de Toluca en octubre, no mucho más que eso. Lo adicional: llovizna. Santiago acuoso, de calles lavadas.

Aunque ciudad colonial, no da la impresión de lo viejo y gastado. Está viva y si hay poco tránsito, ello se

debe a que es domingo. La falta de vehículos es repuesta con la gente que camina por el centro de la urbe: se aprecia ese sentimiento de buscar la comunidad en la vía pública, a pesar del frío y la lluvia, que no afectan tanto como para inhibir a la población, aunque el lunes será cuando conozcamos el verdadero movimiento ciudadano.

La primera tarde, con Patricia y Raúl acudiremos al ombligo chileno: el primer cuadro de la ciudad. Su catedral, de arquitectura pesada, como para recordar que ésta es también una zona sísmica. El edificio provoca un recuerdo: la Vicaría de la Solidaridad, creada por la iglesia católica a mediados de los 70 y que fue durante muchos años el único reducto para contrarrestar la violencia pinochetista. Por eso, de manera singular, una moneda chilena lleva la efigie del cardenal Raúl Silva Henríquez, arzobispo santiaguense que se plantó firme contra la dictadura y que sería reconocido por tirtos y troyanos por esa actitud.

Desfila uno por la Cámara de Comercio —equivalente local de la Bolsa—, por el Paseo Ahumada, de índole comercial, o pasa frente a rascacielos de construcción más o menos recientes, sobre todo bancos. Y, por supuesto, el Palacio de la Moneda. Edificio más bien bajo aunque largo. El símbolo de mucho de lo ocurrido antes y después de 1973. Como es obvio, ya resanadas las heridas —las materiales— que provocó al inmueble el ataque aéreo de aquel infuasto 11 de septiembre. La Moneda está abierto, se lo puede cruzar a través de sus patios centrales. Lo protegen ahora carabineros, grandotes, escogidos.

Nos dicen que el verdadero frente de La Moneda no es el de las conocidas fotos del palacio que ardía, sino el otro extremo —el presidente Ricardo Lagos, de extracción socialista, entra al edificio por allá, no por el lado que da a la Alameda—. La vista regresa a una plaza-jardín de mediano tamaño, con varias estatuas. Una de ellas, la del presidente Salvador Allende

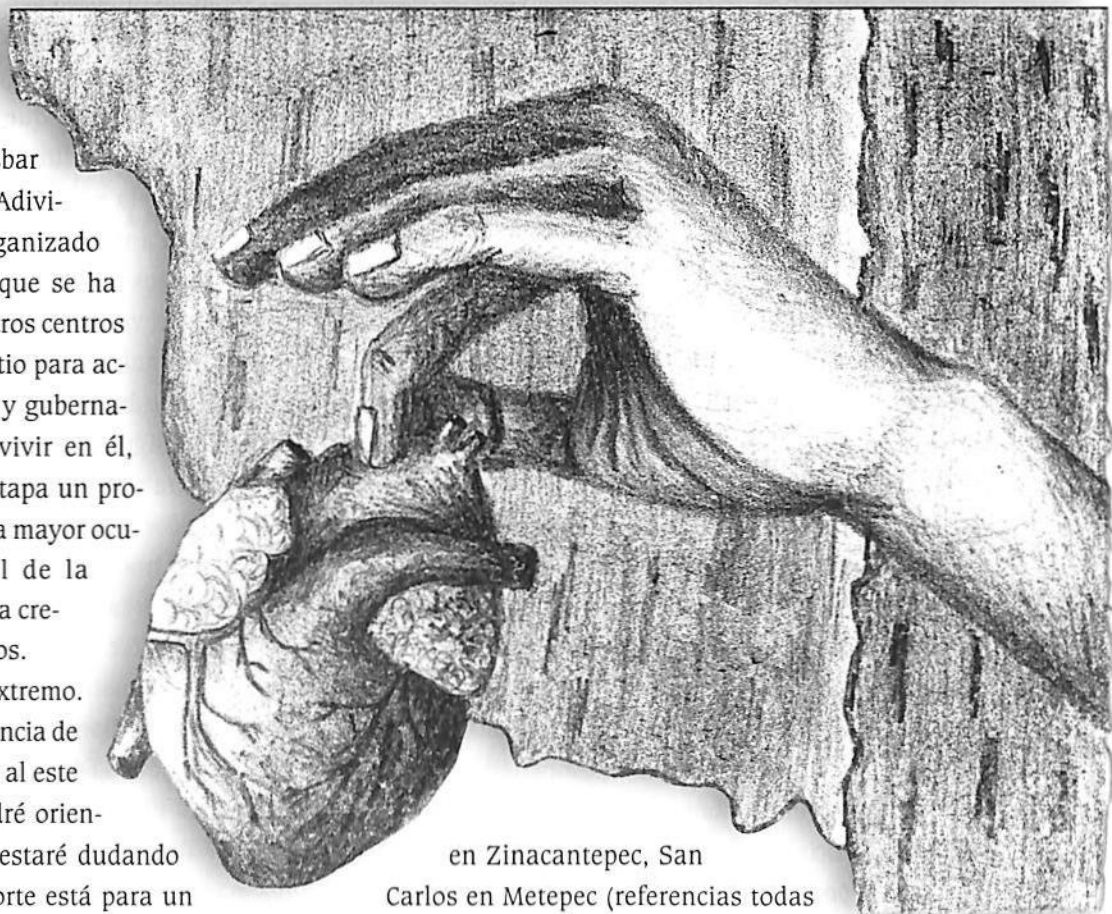
Gossens. Piedra modelada con un estilo más de vanguardia que tradicional. Hay que quitarse el sombrero o la gorra. Tanto tiempo para esperar ese instante.

Nueva pregunta: ¿cuánto tiempo se requiere para entender, captar cabalmente una ciudad? No son días, sino meses, quizá años. Démonos por vencidos: quién sabe cómo vive Santiago, apenas tuvimos un puñado de jornadas para atisbar por entre sus vidas. Adivinemos cómo está organizado más allá del centro, que se ha vuelto, como tantos otros centros en el mundo, en un sitio para actividades comerciales y gubernativas más que para vivir en él, aunque hay en esta etapa un propósito de impulsar una mayor ocupación habitacional de la zona. Pero Santiago ha crecido hacia otros puntos.

Nos llevan a otro extremo. Aunque tenga la referencia de la cordillera —que está al este de la ciudad—, no podré orientarme con precisión, estaré dudando siempre sobre si el norte está para un lado y el sur para el otro. Sólo sé que de repente pasamos por la plaza Italia, donde ocurren episodios como el entonces más o menos reciente en el cual miles de chilenos se desnudaron y posaron para las gráficas de un fotógrafo muy conocido en el mundo (alguien me lo comentará en los días siguientes: en Chile no hay ley de divorcio, pero cientos quedaron en pelotas para la foto, en histórica y friolenta catarsis colectiva).

Aparece la visión de un *mall*, idéntico a los *malls* que en el universo han sido. No hay que adivinar mucho los hábitos de buena parte de

la población santiaguina. El nombre del juego es globalización. Parte de él es encontrarnos después con las que evidentemente resultan ser colonias de la nueva riqueza en el país, gran parte de ella amasada a lo largo de 17 años de dictadura. Residencias de nuevos ricos, con un rasgo peculiar: son casas para mostrarse, no claustros ocultos por las inmensas bardas de, por ejemplo, las Lomas y el Pedregal en el D.F., Zamarrero



en Zinacantepec, San Carlos en Metepec (referencias todas estrictamente locales). Aquí, rumbos de Manquehue, es claro que lo construido debe ser visto por los escasos paseantes —no son éstas calles para andar a pie, sino a bordo de un coche—. Otras deben ser las zonas residenciales donde los dueños sí se protegen con altos muros. Subimos a una colina, desde la cual en días normales se puede divisar completo Santiago, ese domingo es imposible, porque la ciudad está cubierta por la bruma invernal. Por allá vive Pinochet, aporta nuestra guía Patricia, señalando hacia una dirección que, por lo mismo de la bruma, resulta indefinida; mas no la referencia turística al general que no hace mucho dejó la reclusión londinense. El mandamás de la

Junta Militar, todavía vivo, parte de otra bruma más oscura.

Otra escala: la aldea de Vitacura, plaza artesanal en una esquina del área residencial con ese nombre. Variedad interesante de objetos, aunque está prohibido abalanzarse sobre ellos el primer día, hay que ver más cosas y luego, eventualmente, regresar. El hallazgo inicial nos lo muestra Patricia, quien ha comentado que los chilenos y los mexicanos nos parecemos por la tendencia a dar doble sentido a las cosas, y nos presenta al *Indio Pícaro*, figurilla mapuche tallada en madera, sobre la cual hay que lanzar ciertas invocaciones de buena esperanza y maniobrar con mínima destreza, para que el *Indio Pícaro* desvele su viril secreto. Vislumbro otro producto de exportación tan exitoso como los vinos chilenos: *Indios Pícaros* que llenen los mercados de artesanías del mundo. No fallaría.

En el centro de la organizada aldea hay una atracción dominical: un grupo de hombres y mujeres maduros que entonan cuecas y otro grupo de hombres y mujeres jóvenes que las bailan. Interpretaciones impecables, pero atraen más los modos del baile de esos huasos de Santiago, ellas con vestidos azules y ellos con camisa blanca y pantalones oscuros, polainas que rebasan la altura de las rodillas e inmensas espuelas adosadas a los tacones de las botas. Me acordaré del prehistórico disco de 45 revoluciones que de los Huasos Quincheros hubo durante una eternidad en la casa paterna –“Qué bonita va, con su pollerita al viento qué linda va, a vender quesitos frescos a la ciudad, y yo no vivo tranquilo hasta que al volver la veo en la puerta del rancho al atardecer”; me acordaré de la cueca que hicieron alguna vez Sting y Rubén Blades, ellas bailan aquí también, y ellos. Piden a los paseantes que le entren a la danza criolla y varios acceden. Gozoso panorama. Huasos en el aire, guitarras que hacen la fiesta, no acierto a distinguir qué están cantando esas voces de mujer. Los espectadores externos nos limitamos a ver. Mientras tanto, ellas bailan.

Qué hago aquí o qué hice allá. José Luis Cardona me ha dicho más de una vez que América Latina no existe, que es una invención, pero tal invención me condujo a Morandé 441, donde a las 11:00 horas del lunes 5 de agosto de 2002 tenía una cita. Todo un lujo, porque después de viajar miles de kilómetros, llegué exactamente a tiempo.

Vía correo electrónico había formalizado semanas antes el encuentro con el senador Ricardo Núñez Muñoz, quien en gran parte había sido el motivo en la elección, un par de años antes, de mi tema de tesis en la maestría (en Estudios Latinoamericanos, ya salió el peine). Porque Ricardo Núñez era el presidente del Partido Socialista en el año 2000 y cuando leí una entrevista por internet en la que explicaba a grandes rasgos lo ocurrido con ese partido en el periodo de Salvador Allende a Ricardo Lagos, decidí internarme por esos vericuetos académicos.

Lo más atípico del encuentro era que, en supuestas vacaciones –que no eran tales– yo era un turista con corbata. Porque entré con corbata a la dirección citada, un ala del otrora edificio del Congreso Nacional, reservada para los actuales senadores (porque el nuevo Congreso está en Valparaíso). Me identifiqué con mi gastada credencial del IFE. Un ujier me condujo a una sala de espera (palabra tan elegante: ujier). Los sillones de cuero eran tan históricos como el resto de la decoración, mármoles que se escurrían por las altas paredes. Oh, valía la pena ir con corbata. Un colaborador del senador Núñez apareció, me informó con cara de cierta extrañeza –supongo que por mi puntualidad luego de miles de kilómetros volados para llegar ahí– que el senador no iba a poder llegar, que tal vez por la tarde podría ser la entrevista. No hay problema, regreso.

La sede del Partido Socialista de Chile que yo conocí –porque se acaban de cambiar a la calle de París– estaba en el barrio de Concha y Toro, como los vinos por los que se suele delirar en buen plan terreno. Patricia, sabedora de mis planes, nos había paseado por ese barrio el día anterior; no obstante, llegar al PS se me complicó lo normal, quiero decir, hube de aplicar mi estrategia a lo Caperucita: seguir el atajo largo. Suelo extraviarme no sólo en cuestiones morales, sino en asuntos de geografía urbana y rural. Llego sin dificultades a los sitios donde acudo

de manera habitual; fuera de ellos, siempre me pierdo cuando voy a un lugar extraño, aun habiéndolo conocido en el pasado, peor si jamás he estado en él. Pero –y lo subrayo– llego. Intento orientarme, emprendo largas caminatas –o grandes rodeos, si voy en coche–, si mi extravío es contundente, pregunto a alguien cómo salir de ahí, a lo Alicia en el país de las maravillas; gatos de Cheshire la mitad de las veces no saben la calle por la que pregunto, la otra mitad me abruma de datos que tampoco me aclaran el destino; sólo una tercera mitad de las veces la información es práctica y suele brotar cuando mi objetivo está a unos metros. Por eso, aunque camine más, prefiero no preguntar y perderme por mis propios medios.

Repetí la experiencia en mi búsqueda de la sede del PS, en el barrio de Concha y Toro, en la calle de Concha y Toro. Estaba a unas cuadras del hotel, una plazoleta a una cuadra de la Alameda, pasando la avenida Brasil. Ahora lo sé y hasta podría regresar, dado el caso; en su momento, me tomó algo de tiempo, un par de preguntas y la comprobación de que muy pocos –al menos, las dos personas a quienes pregunté– sabían dónde estaba la calle de Concha y Toro. A la tercera persona interrogada, no hubo margen de error: estaba a diez metros de la entrada del edificio –entonces– del PS. Una casa de dos pisos, donde cabía toda la estructura partidista, hecha bolas, pero vigente. Una jovencita de ojos claros me atendió en la recepción. Yo tenía dos nombres por los cuales preguntar: Patricia Hoces, secretaria de Organización, y Paula Calderón, en la presidencia del Partido.

(Paula Calderón –en chileno, “la Paula”– habría de convertirse en mi nexa permanente con el PS y con Chile, meses después. Nos seguimos carteaando con frecuencia por correo electrónico, me envía información, comentamos chismes, nos lamentamos muy civilizadamente de las cosas de este mundo, yo le lloro todo lo que sufro con mi tesis sobre el PS, ella, que está a punto de

titularse como trabajadora social, busca seguir estudios en Madrid, Paula es entrañable).

Haría más visitas al PS. Me convertí en “el amigo de México”. Cuando hablé con Magdalena Álvarez, de Organización y que me echó inconmensurablemente la mano (ella me habría de regalar botellas de vino *Lautaro*, que guardo cariñosamente y que beberé a su salud cuando concluya mi plan académico, gracias, compañera Magdalena).

Cuando platicué con Hernán del Canto, que fuera ministro del Interior en una de las etapas del gobierno de Allende y que me brindó el tesoro de un libro de nada más ni menos que de Clodomiro Almeyda, el canciller allendista.

Cuando conocí por fin a Patricia Hoces, una belleza chilena de presencia militante, y a su hermana, casada con un mexicano y que estaba de visita por Santiago en esos días, ambas habían pasado el exilio en México.

No coincidí con el presidente del PS, el diputado Camilo Escalona –aunque una vez pasó detrás de mí, rumbo a su oficina–, pero a través de Paula recibí su libro *Una transición de dos caras*. Una noche vi en el lugar a Juan Pablo Letelier, hijo de Orlando Letelier –asesinado en Washington por la siniestra DINA del coronel Contreras–, pero no me atreví a pedirle una entrevista, ya con las maletas listas para regresar a México.

Hospitalidad socialista, pues, que agradecí y agradezco cumplida y sinceramente.

Una imagen que miré largo rato: en una de las paredes de la recepción del PS, en ese viejo edificio de Concha y Toro, una lista con decenas de nombres: los socialistas caídos durante la dictadura. Está en orden alfabético, pero el primero en la triste enumeración es, por supuesto, Salvador Allende Gossens.

Regresé a las oficinas del Senado. En una pequeña sala me recibió el senador Núñez. Un par de horas intensas escudriñando la historia chilena en el último tercio del siglo XX, a partir de la visión y la lucha de quien fuera secretario de la Universidad Técnica del Estado al momento del golpe militar, que se exiliara en España y la República Democrática Alemana, que regresara a Chile y en la clandestinidad llevara los nombres de *Simón y Pedro Jiménez*; que fuera uno de los artífices de la reunificación del PS, escindido y disperso ante el embate

de la dictadura y ante las disputas entre los socialistas luego de la caída de la Unidad Popular. El renovador, el que diera identidad a la corriente del PS-Núñez. Hijo de zona minera. De "bigote a la mexicana", según decía la entrevista que le hicieron en *El Mercurio* y que encaminó mis dudas hacia la trayectoria del socialismo chileno.

Comentamos temas más allá del ámbito partidista. Conoce a Muñoz Ledo, a Cárdenas, a *Lula*, a César Camacho. Sociólogo con un máster en Demografía hecho en la Universidad de Praga –cuando repaso su currículum, con orgullo y marcado énfasis me dice: "Y profesor de historia"–.

Respira política, pero tiene un discurso reflexivo que va más allá de la clásica discusión política entre coyunturas. Fumador de cigarrillos *Kent*, lector de Bobbio, recorre paso a paso lo sucedido en el país en tres décadas. Autocrítico también, apuesta por una visión distinta desde el socialismo, desde la democracia, desde la izquierda chilena. Temas varios, cátedra –es un senador, un dirigente de partido y un académico quien habla de la historia reciente del PS, el golpe, la interminada transición a la democracia, la relación con el presidente Ricardo Lagos (quien es, por cierto, el único a quien se le permite ser militante de dos partidos políticos al mismo tiempo: el Partido Socialista y el Partido por la Democracia, PPD). Diálogo de dos horas, que elegantemente apura el senador cuando con sutileza consulta la hora en su reloj de pulsera. Me da su libro *Un compromiso por la libertad*. Le entrego un paquete de libros hechos en el

Estado de México. "Qué fácil editan ustedes en México", comenta.

Entreacto turístico: nuestra guía Patricia logra cambiar el itinerario que originalmente teníamos acordado, cuando se entera de mi compromiso en el PS. El martes –y no el lunes– vamos a Valparaíso y a Viña del Mar, que están juntos. Viaje de poco más de una hora con una mezcla de paisajes entre La Marquesa y la carretera a Cuernavaca. Después, el mar. Nos llevan Raúl y un guía alternativo, Roberto, rubísimo descendiente de alemanes, bombero honorario en su juventud –porque en Chi-

le no hay un servicio profesional de bomberos, todos son honorarios,



v o -  
lunta-  
rios; les  
funciona  
mejor así.

Paseamos por el puerto. Subimos a un vagón que asciende a tramos por las montañas que son la ciudad. Compramos un poncho para mí y otro para mi hija (gaba-



nes, dirían en México, pero son ponchos de legítima lana de llama), y un cuadro en cobre con la imagen de Allende, otro del Che Guevara. Visitamos una de las tres casas de Neruda (una, la más famosa, es la de Isla Negra, donde están los restos del poeta; la otra está en Santiago, *La Chascona*, pero no iremos allí).

La casa ahora museo donde vivió Pablo Neruda en Valparaíso resulta más que peculiar: pequeña, a pesar de estar distribuida en cinco pisos. Es como un chorizo, con estrechas escaleras, en cuyas paredes en lugar de ventanas normales hay "ojos de buey", que así se llaman, si no me equivoco, las redondas ventanas de los buques. Aquí vivió Neruda. En uno de los pisos superiores está su cama, frente a un ventanal que da de manera directa al océano Pacífico: Neruda despertaba y lo primero que veía era el mar.

En otro piso se ubica el comedor, después el bar donde Neruda preparaba cocteles, más una cava en un cuarto anexo. Motivos marinos, motivos marítimos. En el último piso, un mínimo estudio, con libros, cuadros y una antediluviana máquina portátil de escribir. Ahí y con ella escribió el poeta.

Entre Valparaíso y Viña del Mar –localidades conurbadas– hay un reloj muy similar al del Parque Hundido en el D.F., aunque en el caso chileno el motivo principal es la clásica gaviota. Viña del Mar es un balneario, es decir un lugar de veraneo, dormido ahora porque es invierno y es martes. Vamos a comer a un restaurante *finolis* dedicado a productos del mar. Nada como un buen vino blanco chileno para combinar con tantas exquisiteces de la gastronomía marina. Cuando llegamos casi no había nadie, después se llena el restaurante. Entablamos saludos con una familia brasileña; meses después me martirizarán en mi propia intimidad familiar, cada vez que me recuerden la tautología que lancé a nuestros vecinos de mesa, apoyándome en el reciente pentacampeonato de fútbol de la escuadra verde-amarilla: "¡Brasil

es Brasil...!". (¿Quién lo dijo en mi inconsciente: Eydie Gormé: "Culpa de la bossa nova"?)

La etapa Valparaíso-Viña del Mar finaliza con un par de instantes de gloria: mi hija se descalza para sentir el mar, que en estas latitudes es fríasima; yo la acompaño y me hago amigo de un par de perros chilenos que pasean por la playa bajo la mirada de su dueño (qué simpáticos son los perros, escribió Jardiel Poncela). Minutos después, nos tomamos fotos fuera del museo de Viña del Mar, con el singular fondo de un auténtico *Moai*, esto es, una de las estatuas de Rapa Nui, la Isla de Pascua, el auténtico ombligo del mundo, la isla más alejada de cualquier tierra continental y que pertenece a la jurisdicción chilena. Fuera de la Isla de Pascua sólo habría dos *Moai*: éste, en Viña del Mar, y otro en Santiago, en la Alameda, malamente grafiteado, si me permiten la mención.

Delicias gastronómicas: engullir otro tipo de queso, otra manera de cocinar las carnes rojas, conocer las paltas, es decir, aguacates en versión local (lo apunto no en afán patriotero, sino en raptó de honestidad y sin desdoro de mi gratitud hacia el hospitalario Chile: los aguacates mexicanos tienen mejor sabor). Hay kiwis y ¡hay tunas!, producidas en tierras chilenas. (Nada de lo escrito en este párrafo persigue perverso doble sentido alguno).

Fluye el vino en Chile: Undurriaga, Pinot, Cousiño-Macul, Concha y Toro, Casillero del Diablo, etcétera, a precios increíbles, quizá porque uno estaba *allá*, no sujeto a los vaivenes de la exportación. ¿Se puede comer en Chile sin pedir una botella de vino? Evidentemente, no. Fuera en el restaurante del *Diego de Almagro*, en una cafetería cercana a La Moneda, en el restaurante de mariscos en Viña del Mar, no podía faltar la petición del néctar tinto o, en su caso, blanco. Con agregados: fresca cerveza Cristal, o un *clavo oxidado*, que es whisky con anís, un digestivo que golpea gozosamente la última neurona que le quede viva a uno y que no he podido repetir en experimentos caseros. Más la bebida nacional: el *pisco sour*, con la que se debe iniciar el golpeteo a las neuronas que aún apelen a sinapsis elementales. Digestivos todos, en fin, francamente recomendables.

Postales de Santiago: el metro es como el del D.F., color naranja y de manufactura francesa, las estaciones

son más pequeñas, aunque limpias y sin tantos excesos publicitarios. La gente es muy limpia –en el metro y fuera de él–. No es raro que en los vagones o en la calle la gente atienda el celular, uno de los elementos de moda de la nueva sociedad chilena. Cpto un dato: hay en Chile cinco millones de celulares, para una población de poco más de 15 millones de personas.

La Alameda: si el referente normal para un mexicano es el Paseo de la Reforma, habría cierta equivalencia con esta la Avenida Libertador Bernardo O'Higgins, con una marcada diferencia: esta vía fue hecha más para peatones que para coches. Tiene un ancho camellón central, con jardines y árboles, el *Moai* ya citado y gente que descansa en bancas.

Los autobuses: acá se llaman micros, aunque son tamaño autobús grandote. Circulan como en toda ciudad que se precie de ser latinoamericana, es decir, rápido y furiosamente.

Vendedores ambulantes: no se ubican propiamente en el mero centro, sino más adelante, también en la Alameda. Jóvenes mayoritariamente, venden –como todo ambulante de una ciudad que se precie de ser latinoamericana– toda clase de chucherías, baratísimas. El doctor Patricio Cardoso me había anticipado que Chile era casi tan caro o tan barato como México; así es, depende lo que se compre. No indago salarios, no tengo referencias para saber cómo funcionan, aunque si me atengo a lo acostumbrado, es obvio que deben estar por debajo en la tradicional lucha con los precios. Hay cierta ventaja, sin duda, en contar

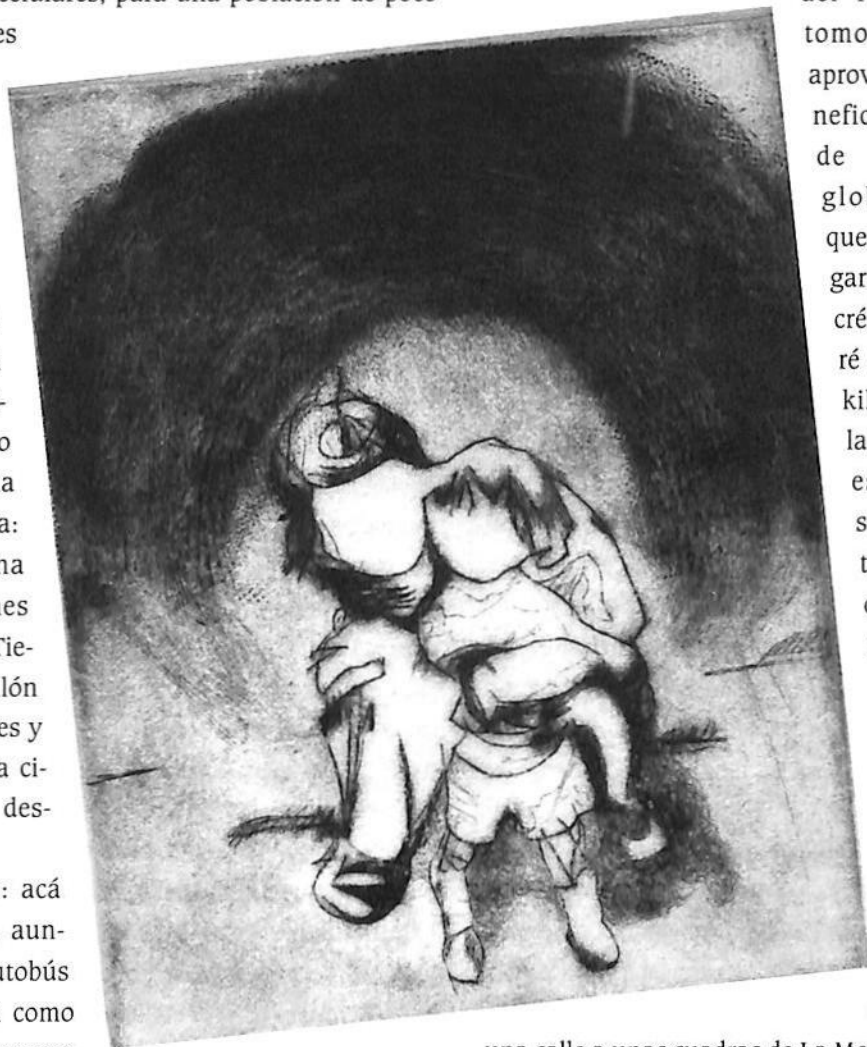
con dólares; en agosto de 2002 la paridad era de poco más de 700 pesos por dólar.

Editorial LOM –“sol”, en lengua yámana–: un local chiquitito y estrecho en el barrio de Concha y Toro –a unos metros del viejo local

del PS–, al cual tomo por asalto, aprovechando –beneficios relativos de la globalización– que se puede pagar con tarjeta de crédito. Regresaré a México con kilos de libros, la ropa será un estorbo; no sólo de LOM, también de otras editoras locales.

Peruanos: son los braceeros en Chile. Vienen por miles a buscar trabajo acá. Los domingos se reúnen en

una calle a unas cuadras de La Moneda, hay que ser prudentes y no acercárseles demasiado –nos recomiendan–. Se distinguen en el contexto de una sociedad criolla. ¿Qué es una sociedad criolla? Eso. Aquí el mestizaje tomó otros rumbos muy distintos a los registrados, por ejemplo, en México; para entenderlo, habría que ir allá. El joven responsable de la librería LOM me comentó que, ciertamente, en lugares como el *mall Arauco* –área residencial– abundarían los tipos con cabello claro, de ascendencia alemana. Peligro de generalizaciones, aunque la conclusión es una: Chile es una sociedad criolla.





**Punks locales:** la última noche que fui al PS, regresaba quitado de la pena por la Alameda. No pude esquivar a un par de adolescentes –pareja hombre y mujer– asumidos como *punks*, cabellos violeta mortecino, pantalones *estretch*, ligera pelea con la vida. Me piden gentilmente una moneda. Zozobra momentánea. Comparto con ellos algunas monedas. Viva la paz. Seguí mi camino.

**Providencia:** una especie de Polanco, con edificios de cristal, calles con embajadas. Fui a esa zona en busca de una colección sobre la Unidad Popular integrada por Víctor Farfás y que se vendía en el Centro de Estudios Públicos. Providencia es otro mundo, en absoluto contraste con la a un tiempo añeja y moderna sobriedad del centro de Santiago. Afuera del metro, vendedores ambulantes. Hay corbatas muy baratas que se ven más bonitas sobre el pavimento; no me atrevo a comprar alguna, pero la tentación es muy grande.

**Ministerio de la Defensa:** el uniforme de los soldados chilenos, sobremanera el casco, sigue la moda de la época nazi. Colores y diseño. En serio.

**Postal aparte:** los *guanacos* existen. Guanacos son los grandotes vehículos utilizados por las fuerzas antimotines de Carabineros. Como tanques –y de hecho lo son, pero llevan agua; los había visto antes por la televisión o en periódicos, cada vez que se reportaban protestas en Santiago; en los albores de los años 80, millones, literalmente, salían a protestar a las calles contra Pinochet–. Tienen un cañón en la parte superior con el que lanzan el líquido contra las multitudes. En esos días había una protesta estudiantil –participaban sobre todo escolares de secundaria– por la baja en el descuento al precio del pasaje para ese sector. Diario cientos de muchachos se manifestaban frente al Ministerio de Educación, muy cerca de La Moneda. Se dispersaban pasado un rato. Una vez se encresparon los ánimos. Mi esposa y mi hija pasaron, obser-

varon y determinaron irse al hotel, a una cuadra del lugar. Yo iba por mi lado y me quedé observando lo que ocurría. El miedo y la tensión ante una inminente carga policial es el mismo en todos lados, por más curtida que esté la gente –me refiero tanto a los ciudadanos como a los propios policías–. La tensión se corta con cuchillo. Pero no pasaba nada. Fui al hotel y entonces ocurrió: los guanacos entraron en acción. Desbandada de adolescentes. Aparecen grandes camiones de Carabineros donde son introducidos los muchachos más lentos, esto es, aquellos que no alcanzaron a correr con la velocidad suficiente para no ser detenidos por las fuerzas policíacas. Los ciudadanos no implicados en la protesta veían con malos ojos a los manifestantes, porque entre ellos se colaban antisociales, vagos sin oficio ni beneficio que aprovechaban el río revuelto para cometer tropelías y robos contra los establecimientos de la Alameda.

Un detalle significativo: Raúl nos había informado: los guanacos recogen su carga en las cañerías. Lo que lanzan no es agua potable, sino aguas negras. Pienso en la posibilidad y me pica la piel (entonces y meses después).

Respondo la pregunta: ¿por qué en Chile? Digo, aparte de la urgencia tesística. Reúno evidencias: en mi tercero de secundaria en Xochimilco tuve un compañero chileno. No recuerdo el nombre, pero le decíamos, en un gran rasgo de originalidad, *El Chileno*. Era muy pálido, flaco y precoz, aunque tenía estilo. Era muy calmado, no como la bola de adolescentes babosos que éramos los otros. Era la época de esplendor de la Casa de Chile. *El Chileno* iba a la escuela con un poncho marrón. El que sí se hizo muy amigo de él fue uno de mis compinches pandillescos en esa escuela confesional, Efrén Cruz Rico. Era un reciente producto del exilio, en 1975. ¿Qué habrá sido de ambos? Por algo compartimos espacios escolares.

Aparezco el miércoles 12 de septiembre de 1973. Mi padre trabajaba en *El Herald de México*, pero recibíamos también *Excelsior*. El primero, periódico de derecha, hablaba en su titular del golpe del día 11, con la versión de que Salvador Allende se había suicidado; el segundo, dirigido por Julio Scherer, manejaba la versión de que Allende había sido asesinado por los golpistas.

En la escuela –eran los días iniciales de mi primer curso de secundaria– me atuve a la versión del suicidio;

otros dieron más fuerza a la del asesinato. Sentí la incomodidad del que no está con la mayoría (con los años me pasa lo contrario: estoy incómodo cuando coincido con la mayoría).

Prevalció la idea del asesinato. Alguna vez leí una crónica de Gabriel García Márquez, en la que el colombiano reconstruía la forma en que soldados habían matado a Allende. Casi 29 años después del hecho, pregunté a Ricardo Núñez y a Hernán del Canto –el último cuadro de la dirigencia del PS que alcanzó a hablar con el presidente Allende–, qué había pasado realmente. Para el 2002, ya hay libros que incluyen el tema, alguno escrito por uno de los médicos personales de Allende.

Allende se suicidó, luego de intentar infructuosamente la defensa de La Moneda, luego de haber lanzado su último mensaje a través de Radio Magallanes –aquel en que relaciona las alamedas y el hombre nuevo–, luego de haber reiterado que la única manera de sacar del palacio presidencial al presidente de Chile era muerto.

Pero era como si lo hubieran matado los militares, me dijo Hernán del Canto, casi tres décadas más tarde.

Disipo una, al menos, una de tantas dudas en esta compleja vida.

Había que ir a Chile. A pesar de que los mexicanos no somos los grandes viajeros, a pesar de que el conflicto humano es el mismo en todas partes. Cuando transcurre tiempo sin que yo haga viajes, pienso en los árboles, que crecen y viven sin necesidad de andar cambiando de sitio. Por otro lado, a estas alturas viajar a algún país de América del Sur va contra las reglas del turista mexicano, que prefiere otras latitudes. Yo, que no soy turista y que he de regresar a Chile, en otras condiciones, no sólo acuciado por un imperativo de tesis.

Reconstruyo esos días y cada vez se vuelven más nítidos, con la arbitrariedad del caso, de aquel que duda si realmente vivió aquello. Una cosa que me atrajo en extremo fue distinguir un atisbo de idiosincrasia sudamericana: las mujeres fuman en la calle.

Eso es una especie de delito de urbanidad en otros lugares, como en México, donde las mujeres tienen tanto derecho como los hombres de meterse –casi– lo que se les dé la gana entre pecho y espalda, pero están impedidas de fumar en la calle. *Se ven mal*. A veces no sólo ellas, sino

los mismos hombres. Como que fumar requiere de una actitud estática, frente a un café o en la sobremesa, o ante un escritorio, pero está reñido con la dinámica de un cuerpo que va caminando por la calle. En cambio, en Santiago de Chile las mujeres se atreven a ir fumando por la calle.

No importa que los cigarros que se venden en Chile –fabricados, en su mayor parte, en Uruguay– sean malos, no por fuertes, más bien son suaves, o acaso es un problema de acomodo del paladar –uno va haciéndose a la necesidad de nicotina de una determinada marca, un sabor específico–. En Santiago, vi a mujeres que podían fumar y caminar al mismo tiempo.

La noche del lunes 5 de agosto de 2002, salí alborozado de mi entrevista con el senador Ricardo Núñez, admirado yo de no haber faltado a una cita formalizada semanas antes y a miles de kilómetros de distancia. *No cabía en mí*, como solía decirse. A unos metros de la estatua del presidente Allende, me abordó una pareja de pololos (pololear en Chile significa tener novio o novia; pololos son los jovencitos que andan pololeando, de novios). Audaz, el muchacho me habló de si podía darme una moneda para irse a tomar un café. Llovía y hacía frío. Saqué un billete, pero fue lo de menos. Empezaron a adivinar mi procedencia. Mexicano, no me acuerdo si atinaron al primero o segundo intento. Él tiene el cabello negro, ella tiene la piel rosa bajo las luces de la plaza frente al Palacio de La Moneda.

El muchacho se ha puesto más locuaz, tiene amigos en Monterrey, me da la bienvenida. Habla bien del presidente Ricardo Lagos, no tan bien del Ministerio de Justicia que está a mano izquierda. Nos da mucho gusto a los tres haberlos encontrado. Algún día me acordaré de preguntarle a José Luis Cardona: ¿quién dice que América Latina es una invención?

El muchacho me da la mano, nos despedimos contentos por el encuentro. Descubro que las mujeres en Chile no sólo fuman en la calle: ella me da un dulce beso en la mejilla. LC